



CELEBRACIÓN de RECONCILIACIONES para la CONFIRMACIÓN.

Nos ponemos en presencia de Dios, vamos a pedir la gracia de mirar nuestras acciones, y reconocer aquello por lo que hoy quiero pedir perdón. En el nombre del Padre... Cantamos Dios está aquí.

Jesús, hoy necesitamos tu perdón, tu ternura, tu cercanía. Estamos por recibir a tu Santo Espíritu, y queremos estar reconciliados. Sabemos que a veces nos equivocamos, somos humanos, nos pasan cosas, los sentimientos a veces nos juegan en contra. Pero creemos en tu misericordia y en que siempre estás esperándonos para darnos vida nueva, para ayudarnos a dar pasos, para levantarnos de las caídas y limpiar nuestras lágrimas.

Jesús... Siempre estarás a mi lado con tu alegría para renovar mi mirada y aliviar mi corazón tanas preocupaciones, siempre estarás como el médico de las almas listo para curar mis heridas y librarme de las culpas no me sirven para nada. Gracias Jesús por esta oportunidad.

Con confianza nos acercamos de a uno a confesarnos, recordamos hacer un examen de conciencia, revisarnos, y arrepentirnos para pedir perdón.
Cantamos en mi Getsemaní.

Para pedirte perdón Jesus, quiero comenzar primero dándote gracias, reconociendo en mi vida todos tus regalos, tu presencia, tus delicadezas conmigo. Y tantas gracias y oportunidades que me has brindado... aunque no siempre supe aprovecharlas, ni aceptarlas. Gracias por mi familia, así como es. Gracias por mis amigos, son mi sostén. Gracias por la vida y todas sus oportunidades de expresarme, de aprender, de nutrirme. Gracias por todo, por lo que puedo ver y por lo que no puedo ver aun. Gracias por llamarme a estar cerquita tuyo. Y ahora sí, ya estoy listo para pedirte perdón...

Cantamos Oh Señor perdóname.

Muchas veces caigo en el sin sentido, en el vacío. Muchas veces me preocupo demasiado por cosas pasajeras. Muchas veces me cierro tanto en mí que no dejo lugar a los otros en mi vida. Quizás tampoco me cuide del todo, o no cuide a otros, quizás rechacé, quizás hablé mal de alguien...

Puede pasarme también que me enganche en cosas que no me hacen bien, o que piense mal de alguien prejuzgándolo, o que conteste mal, que no sea del todo responsable con lo que me toca hacer. A veces puede pasarme que caigo en la pereza, en la vanidad, en el egoísmo. Señor, perdón, hago lo que puedo, y por eso estoy aquí para recibir tu generosidad se que tu amor es lo que me transforma, y si me dejo transformar, todo a mi alrededor puede cambiar poco a poco... Puede pasarme también, que a veces me olvide de Vos. Perdón Señor.

Cantamos Esto que soy, eso te doy.

Escuchamos atentamente la Palabra del Evangelio según san Mateo:

Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo:

—Conviértanse, porque está cerca el Reino de los cielos.

Paseando junto al lago de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores.

Les dijo:

—Ven y sígueme y yo los haré pescadores de hombres.

Inmediatamente dejaron las redes y le siguieron.

Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamo también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo. Palabra del Señor. Gloria a Ti Señor Jesús.

Reflexionamos: Jesús no llamó a los perfectos, sino a personas tan humanas y pecadoras como yo, como vos, como todos nosotros. Personas frágiles pero que se dejaron impactar por su persona y su amor. Personas que dejaron



todas sus marañas y lo siguieron con plena confianza. Personas que como nosotros también fueron confirmados por el Santo Espíritu de Dios. ¿Nos animamos a seguirlo nosotros también? ¿Qué necesito que Jesús me perdone hoy? ¿de qué necesito ser liberado/a? ¿Qué es lo que tengo que dejar en la orilla para ponerme en el camino de la fe? Cantamos: ven y sígueme.

Te damos gracias Jesús por tu modo de ser con nosotros, porque no te impones, sino que te propones, porque no pasas por encima de nuestra libertad, sino que nos respetas, porque no nos apuras, sino que respetas nuestros tiempos personales y nos ayudas a hacer procesos. Te pedimos que nos enseñes a amar como Vos, a mirar como Vos, a ser libres y peregrinos alegres por el camino de la vida, como Vos. Danos tu Espíritu Santo para que podamos sentirnos siempre hijos de Dios Padre creador del cielo, de la tierra y de todo lo bello y bueno que nos rodea. Cantamos: Maranathá.

Para reflexionar cada uno, tomarlo si sirve:

En relación a Dios: ¿Solo me dirijo a Dios en caso de necesidad? ¿Participo regularmente en la Misa los domingos y días de fiesta? ¿Comienzo y termino mi jornada con la oración? ¿Blasfemo en vano el nombre de Dios, de la Virgen, de los santos? ¿Me he avergonzado de manifestarme como católico? ¿Qué hago para crecer espiritualmente, cómo lo hago, cuándo lo hago? ¿Me revelo contra los designios de Dios? ¿Pretendo que Él haga mi voluntad?

En relación al prójimo: ¿Sé perdonar, tengo comprensión, ayudo a mi prójimo? ¿Juzgo sin piedad tanto de pensamiento como con palabras? ¿He calumniado, robado, despreciado a los humildes y a los indefensos? ¿Soy envidioso, colérico, o parcial? ¿Me avergüenzo de mis hermanos, me preocupo de los pobres y de los enfermos? ¿Soy honesto y justo con todos o alimento la cultura del descarte? ¿Incito a otros a hacer el mal? ¿Honro a mis padres? ¿Respeto el medio ambiente?

En relación con nosotros mismos ¿Como, bebo, fumo o me divierto en exceso? ¿Me preocupo demasiado de mi apariencia, de mis bienes? ¿Cómo utilizo mi tiempo? ¿Soy perezoso? ¿Me gusta ser servido? ¿Amo y cultivo la rectitud de corazón, de pensamientos, de acciones? ¿Nutro venganzas, alimento rencores? ¿Soy misericordioso, humilde, y constructor de paz?

Para meditar: de la exhortación de Francisco a los jóvenes CRISTO VIVE n° 130 a 133 "El Espíritu da vida"

En estas tres verdades: Dios te ama, Cristo es tu salvador, Él vive, aparece el Padre Dios y aparece Jesús. Donde están el Padre y Jesucristo, también está el Espíritu Santo. Es Él quien está detrás, es Él quien prepara y abre los corazones para que reciban ese anuncio, es Él quien mantiene viva esa experiencia de salvación, es Él quien te ayudará a crecer en esa alegría si lo dejas actuar. El Espíritu Santo llena el corazón de Cristo resucitado y desde allí se derrama en tu vida como un manantial. Y cuando lo recibes, el Espíritu Santo te hace entrar cada vez más en el corazón de Cristo para que te llenes siempre más de su amor, de su luz y de su fuerza.

Invoca cada día al Espíritu Santo, para que renueve constantemente en ti la experiencia del gran anuncio. ¿Por qué no? No te pierdes nada y Él puede cambiar tu vida, puede iluminarla y darle un rumbo mejor. No te mutila, no te quita nada, sino que te ayuda a encontrar lo que necesitas de la mejor manera. ¿Necesitas amor? No lo encontrarás en el desenfreno, usando a los demás, poseyendo a otros o dominándolos. Lo hallarás de una manera que verdaderamente te hará feliz. ¿Buscas intensidad? No la vivirás acumulando objetos, gastando dinero, corriendo desesperado detrás de cosas de este mundo. Llegará de una forma mucho más bella y satisfactoria si te dejas impulsar por el Espíritu Santo.

¿Buscas pasión? Como dice ese bello poema: ¡Enamórate! (o déjate enamorar), porque «nada puede importar más que encontrar a Dios. Es decir, enamorarse de Él de una manera definitiva y absoluta. Aquello de lo que te enamoras atrapa tu imaginación, y acaba por ir dejando su huella en todo. Será lo que decida qué es lo que te saca de la cama en la mañana, qué haces con tus atardeceres, en qué empleas tus fines de semana, lo que lees, lo que conoces, lo que rompe tu corazón y lo que te sobrecoge de alegría y gratitud. ¡Enamórate! ¡Permanece en el amor! Todo será de



Recursos en línea

otra manera». Este amor a Dios que toma con pasión toda la vida es posible gracias al Espíritu Santo, porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5,5).

Él es el manantial de la mejor juventud. Porque el que confía en el Señor «es como un árbol plantado al borde de las aguas, que echa sus raíces en la corriente. No temerá cuando llegue el calor y su follaje estará frondoso» (Jr 17,8). Mientras «los jóvenes se cansan y se fatigan» (Is 40,30), a los que esperan confiados en el Señor «Él les renovará las fuerzas, subirán con alas de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse» (Is 40,31).

í